

Mi padre y yo: masculinidad, sexualidad y lectura

Pedro García Suárez

Universidad Internacional de La Rioja



<https://dx.doi.org/10.5209/eslg.98616>

Recibido: 21/10/2024 • Aceptado: 02/11/2024

ES Resumen. Esta investigación se propone el objetivo de arrojar luz sobre la relación entre lectura, identidad de género e identidad sexual a través de la obra de J.R. Ackerley de 1968 *Mi padre y yo*. Partiendo de la premisa de que el ejercicio lector, igual que es la escritura, es un acto performativo, nos sumergimos en la (re) construcción de la identidad del biógrafo, el cual, a través de un valiente viaje de recuperación de la memoria de su padre, va configurando y comprendiendo el relato que dio forma a su vida.

Palabras clave: Masculinidad; sexualidad; lectura; *Mi padre y yo*; Ackerley.

EN *Mi padre y yo: masculinity, sexuality and reading*

EN Abstract. This research sets out to shed light on the relationship between reading, gender identity and sexual identity through J.R. Ackerley's 1968 work *Mi padre y yo*. Starting from the premise that the reading exercise, just as is writing, is a performative act, we dive into the (re)construction of the identity of the biographer, who, through a courageous journey of recovering his father's memory, is shaping and understanding the story that shaped his life.

Keywords: Masculinity; sexuality; reading; *Mi padre y yo*; Ackerley.

Sumario: 1. Introducción. 2. Leyendo a mi padre. 3. Entre el padre y el hermano: en tierra de nadie. 4. Adentrándose en la sexualidad. 5. Mi madre yo y la identidad de género. 6. Desarrollando la identidad sexual y construyendo lo afectivo. 7. Conclusiones. 8. Referencias citadas.

Cómo citar: García Suárez, P. (2024). *Mi padre y yo: masculinidad, sexualidad y lectura*, en *Estudios LGBTQ+ Comunicación y Cultura*, 4(2), pp. 53-61.

1. Introducción

Si hablamos de identidad, en cualquiera de sus acepciones, resulta casi imposible no aludir a una de las herramientas principales a través de la cual se fragua: la lectura. El ser humano no deja de ser texto y de escribir ese texto teniendo como referencia otros textos previos. Esta tesis queda muy clara cuando hablamos de masculinidades. Un ejemplo muy interesante se encuentra en la obra que nos proponemos abordar en esta investigación: *Mi padre y yo*, escrita J.R. Ackerley en 1968. Estamos ante un celebrado y descarnado texto biográfico en el que el autor, a través de un viaje hacia la recuperación de la historia de su padre fallecido, va descubriendo, a medida que va profundizando, cómo se fue fraguando su identidad.

Además de destacar por ser un caso aislado que se mantiene como precedente de la eclosión del género en las últimas décadas del siglo XX, nos parece más interesante aún que esta obra pueda encuadrarse en uno de los neologismos que se introdujeron ya en el siglo XXI: la patriografía. Como explica Fontana (2023, p. 2), este tipo de obras «se instalan en el límite entre lo autobiográfico y lo biográfico, ya que en ellas se encuentran al menos dos vidas: la del hijo (el biógrafo) y la del padre (el biografiado)». Como resultado, se trata de biografías «de una relación o de un nosotros: el que conforman el hijo y el padre».

Además, si por lo general la relación entre biógrafo y biografiado ocurre en ausencia, es una relación póstuma, en estos textos se trata de algo más enmarañado. Y esto es porque el vínculo preexiste no solo a la escritura sino incluso al proyecto de escribir. Así, escribir sobre el padre implica para estos hijos prolongar esa relación preexistente [...] El texto biográfico es un lugar para que esa relación de dos siga ocurriendo. (p. 3)

Y es especialmente interesante este concepto por el tema que vamos a tratar en este artículo y que aún no ha sido abordado por la crítica, que es la construcción de la identidad del biógrafo en una relación dialógica con la lectura que realiza de su familia. Concretamente, en el texto referencial en que se yergue la figura de su padre, que va a marcar la persona en que se va a convertir. Por lo tanto, desde un punto de vista interdisciplinar, el objetivo que pretendemos alcanzar es el de demostrar, a través del análisis de esta obra literaria, cómo, tanto el género como la sexualidad y, como consecuencia, la autopercepción del sujeto y la forma en que se vincula al mundo, quedan marcados por la lectura, entendida como ejercicio performativo.

Además de como patriografía, no perdamos de vista su relevancia como “egodocumento”, que, como bien apunta Mérida Jiménez (2022), es aquel que permite profundizar en la evolución individual y colectiva, geográfica y generacional de la masculinidad no normativa. Un tipo concreto de “escrituras del yo” en los márgenes del género y del sexo que nos sirve para sumergirnos en la vida de todas aquellas personas que decidieron no acatar los mandatos oficiales del género y del sexo y que, a través de sus obras, nos enseñan sus formas de vida, «las estrategias con que enfrentaron la opresión de la que fueron víctimas» y que, además, nos permiten para profundizar en sus «modalidades discursivas, creativas y conceptuales» (p. 1).

Como punto de partida, vamos a partir de la definición de Connell (2003) acerca de lo que es la masculinidad: «un lugar en las relaciones de género, en las prácticas a través de las cuales los hombres y las mujeres ocupan ese espacio en el género, y en los efectos de dichas prácticas en la experiencia corporal, la personalidad y la cultura» (p. 109). Y, sobre todo, vamos a focalizar en las consecuencias que tiene esa construcción de género, ya que, como apuntan Rodríguez y Ramírez (2020), «tiene efectos en la personalidad, en la manera de constituirse y representarse a sí mismo y ante otros sujetos. Dicha forma de (re)presentarse está influenciada por los distintos ámbitos de relación» (p. 19).

2. Leyendo a mi padre

No parece, desde luego, nada extraño comenzar esta investigación explorando la figura que se yergue en pilar fundamental de la novela: el padre. Como apunta Rodríguez Gallardo (2020), en la tradición cristiana es «el transmisor de la identidad: a través de la sangre y del apellido» (p. 53). Independientemente de las creencias, baste observar que el padre es la primera figura masculina que se convierte en el referente del hijo. Por lo tanto, merece la pena esclarecer cómo el hijo, desde la madurez, lee al padre.

Entonces, la primera experiencia emocional del muchacho, la que sigue inevitablemente a su experiencia de deseo, es el temor –el miedo a su padre, quien es más grande, más fuerte, y más poderoso sexualmente. Es este miedo, simbólicamente experimentado como el miedo de castración, lo que Freud argumenta que empuja al niño a renunciar a su identificación con su madre y a buscarla con su padre, el ser que es la fuente real de su miedo. Al hacerlo así, el muchacho es ahora simbólicamente capaz de la unión sexual con un sustituto similar a su madre, es decir una mujer. (p. 5)

Es tan importante que, como observa Lacan (1963), ostenta el papel de separar de la madre al hijo e introducirlo en la sociedad. El problema es que su identidad de género permea directamente en el discípulo, ya que va a actuar como un espejo. Es decir, el hijo, como hombre, se sentirá legitimado o no en la medida en que considere que cumple los requisitos que ve en el padre acerca de lo que es ser un hombre.

La identidad da, en primer lugar al individuo una noción de pertenencia; le da puntos fijos de referencia; en segundo lugar, le proporciona cohesión, la identidad da la posibilidad al individuo de relacionarse con el otro; le señala sus semejanzas; finalmente, también es exclusión, le permite confrontar su permanencia en el grupo o no y se va definiendo como el proceso de cómo ser. (Gallegos Argüello, 2012, p. 709)

Le recuerda como «un hombre extraordinariamente guapo» (Ackerley, 1991, p. 23), cuyo padre había sido muy severo con él –«El bueno de mi padre tenía la mano muy dura. Todavía la siento» (p. 23)–, al que tenía cariño, admiración y respeto, pero con el que no se sentía «del todo a gusto en su presencia, no me sentía ni de lejos tan a gusto como con mis amigos, algunos de los cuales eran tan mayores como él o incluso mayores que él». Incluso asevera que «decir que le tenía miedo sería exagerado, pero no me resultaba posible mirarle a los ojos con naturalidad» (p. 77).

Es un hombre que tuvo que dejar de ir a la escuela a los trece años (p. 22) –«su educación escolar fue de los más breve» (p. 22)– y había heredado, como las hermanas, una estatura poco común, era muy alto (p. 22). Asimismo, igual que su hijo, tenía respeto a su padre y se llevaba muy bien con sus hermanas (p. 23), pero, en contraste, se había criado con su padre, ya que su madre se murió cuando tenía dos años (p. 23).

Toda su vida disfrutó intensamente de su sexualidad y, además, se vanagloriaba contándola. Como recuerda el protagonista, «se me han olvidado esas historias, pero solía regalarme los oídos con ellas en los años veinte» en el momento en el que, estando a solas, sin mujeres delante, «hacía circular el oporto y el coñac y, con su puro Gentleman's en la boca y el cuello de la camisa desabotonado, se sentía en paz con el mundo» (p. 24). Apunta Alario Gavilán (2019) respecto a las relaciones que se establecen entre masculinidad y sexualidad que «la sexualidad va a tener dos funciones: por un lado, va a ser el terreno en que satisfacen sus deseos sexuales; por otro lado, va a ser el terreno donde confirman su masculinidad hegemónica, su pertenencia al grupo dominante» (p. 57).

Lo recuerda como «un hombre amable, afectuoso, generoso y de trato fácil». Sentía que «estaba orgulloso» de él, y, además, él «también estaba orgulloso» de su padre. Pese a ello, muy relacionado con esa conexión entre la masculinidad leída y la construcción de la identidad, se lamenta de que su «relación nunca llegó a ser lo que yo creo que él hubiera deseado, una relación estrecha y de mutua confianza, el tipo de relación que me imagino que podría haber tenido con mi hermano».

Si habría podido llegar o no a entenderme con él de una manera más profunda es algo que ya nunca se podrá saber; lo que sí sentí, cuando ya era demasiado tarde, fue no haberme atrevido más a intentarlo. El objeto de estas memorias, a partir de ahora, es explorar, lo más brevemente posible, las razones de nuestro fracaso (Ackerley, 1991, pp. 77-78)

Otro aspecto importante es que, en esa masculinidad que el hijo lee, no hay sitio para las emociones: «a mi padre le desagradaba profundamente sentirse alterado por alguna razón de tipo emocional y lo evitaba cuidadosamente». Una fobia emocional que asocia incluso a la cultura: «No leía los libros ni veía las obras de teatro que a veces yo le recomendaba si sabía que tenían algún elemento trágico y desgarrador». En contraposición, sí la observa en las mujeres que le rodean y explica que su padre, protegerse, no intervenía en los asuntos amorosos de su hija, «no sabía cómo enfrentarse a los accesos de cólera ni a las lágrimas» (p. 89).

Una de las mayores preocupaciones póstumas de nuestro protagonista es el no haber logrado establecer una unión fuerte y de confianza con su padre y una de las razones que ejercieron fuerza en esa desunión es que su padre fue un padre ausente –«un padre de “fin de semana”» (p. 79)–. Esa ausencia es cubierta por las mujeres de la familia, quienes se encargarán de la crianza: «Así pues, nos criamos rodeados de mujeres, mi madre, mi tía, mi abuela, las hermanas de mi padre, la vieja Sarah y diversas niñeras, institutrices y criadas, mientras él venía a vernos los fines de semana y no todos» (p. 80).

He de decir, en honor a la verdad, que por lo general mi padre se nos aparecía como Papá Noel, cargado de regalos; pero si los niños o los perros habíamos caído en desgracia se presentaba como un justiciero, y tal vez por ese motivo no consiguió ganarse del todo mi corazón de niño. (p. 81)

Como bien apuntan Trujillo y Fajardo (2006, p. 105), «la identidad surge en un contexto de relaciones con otros: se adquiere la identidad conforme uno se identifica con otros, se asume distinto a otros y va comprendiendo el papel que desempeña ante ellos». No resulta posible entonces que nuestro protagonista pudiera construir su identidad fuera de una relación dialógica con los primeros hombres de su vida, ya «no existe uno sin existir otros». Es muy esclarecedor conocer que «las relaciones que se establecen desde la infancia van formando la propia autoimagen. El yo se construye a partir de la internalización de imaginarios que dicen cómo se debe ser. Es introducido desde fuera» (p. 105).

3. Entre el padre y el hermano: en tierra de nadie

Otra de las razones plausibles para que esa relación de confianza y cercanía no pudiese darse reside en que, desde su infancia, nuestro protagonista comprendió que su masculinidad no era normativa, en tanto que disentía mucho de la de su padre. Una masculinidad referente que es asumida por su hermano. Un hecho del que el narrador es consciente:

En todo caso, lo cierto es que, por muy poca gracia que le hiciera a mi padre la llegada de mi hermano, perdió a su hijo favorito cuando murió. Peter se aproximaba mucho más que yo a la imagen paterna, era realmente hijo de su padre, y llevaba ya camino de satisfacer los mayores anhelos de mi padre: se habría casado y tal vez le habría dado nietos (antes de morirle le hacía ya la corte a varias chicas y a mi padre le gustaban mucho los niños) y habría entrado en el negocio de los plátanos. Por último, cabe añadir, no habría escrito este libro. Era, de hecho, todo lo que yo no era, aunque nos llevábamos los dos estupendamente. (Ackerley, 1991, p. 54)

Ambos comparten ciertas características que él no siente que tengan que ver consigo mismo. Por ejemplo, desde su perspectiva, tenían una resistencia al dolor insuperable: «En eso era como mi padre, de los que soportaban todo con entereza y estaban orgullosos de ello: “Espero que podré soportar un poco de dolor como el que más”» (p. 55). Así, asevera que, pese a que su padre estaba orgulloso de él y apenas discutían, «en los diecisiete o dieciocho años que estuvimos juntos sólo me acuerdo de dos ocasiones en que se mostró irritado conmigo, las dos veces por gimotear» (p. 55).

De pequeño, un problema que el padre no podía soportar es que, aunque nació «sano y robusto», no podía dejar de orinarse en la cama. Una situación a la que el padre respondía pegándole en castigo por su «mal comportamiento» (p. 78). Analizada desde una perspectiva adulta, considera que esta reacción no «era el método indicado para establecer una relación de confianza entre padre e hijo». No lo va a olvidar, ya que siempre le quedará «un vago recuerdo de lo avergonzado y humillado que me sentí al ponerme y abotonarme los pantalones que él me había bajado antes de colocarme sobre sus rodillas» (p. 79). La conexión entre su relación y el castigo corporal parece que se yergue como otro de los principales obstáculos a la hora de haber establecido una relación padre e hijo cercana:

[...] aunque, siendo la memoria como es, no estoy seguro de que fuera en esa particular ocasión, pues también me pegó fuerte por otras cosas, aunque no muchas veces ni muy fuerte, y no sé si esos castigos tuvieron algún efecto sobre nuestras futuras relaciones, pero lo cierto es que conscientemente nunca le guardé rencor. (p. 79)

Con todo lo apuntado ya, parecen especialmente adecuadas las aseveraciones de Trujillo y Fajardo (2006), quienes apuntan que «muchos hombres no se sienten próximos a sus padres (varones)» ni «reconocen o recuerdan muy poco haber sido besados, mimados o abrazados por él, aunque sí recuerdan sus castigos y golpes». Por esta razón, acaba apareciendo ante ellos un «padre-varón como dios, inaccesible, intransigente. Un padre-varón no afectuoso. Como consecuencia, el joven depende más de su grupo de iguales para desfeminizarse y hacerse hombre» (p. 115).

El protagonista lee a ambos (tanto su padre como su hermano) como personas abiertas y seguras que se vinculaban abiertamente con el mundo. Por ejemplo, considera que su hermano «caía bien en todas partes, y con razón, porque tenía buen carácter, era divertido, sus aptitudes histriónicas eran muy variadas y estaba siempre dispuesto a hacer una exhibición de ellas» (Ackerley, 1991, pp. 55-56). Exhibición que tampoco dudaba en hacer con sus genitales, ya que no tenía ningún tipo de pudor. Este era un aspecto que le generaba aversión a nuestro protagonista.

Recuerdo que me avergonzaba de ella cuando íbamos juntos a los baños, no entendía cómo podía enseñarla con aquella aparente indiferencia y me preguntaba qué pensarían los demás chicos. Aunque la mía no era nada espectacular, siempre la ocultaba modestamente con la toalla, como los japoneses. Me acuerdo de que su cuerpo blanco y cetrino me producía cierta aversión, y estoy convencido de que mi propio cuerpo, en el que siempre están brotando quistes y furúnculos, no le inspiraba a él pensamientos tan hostiles. (pp. 55-56)

Sin embargo, pese a sus diferencias, al igual que sucede con la lectura de su padre, guarda un tierno recuerdo de su hermano. Un hermano que «estaba orgulloso de mí y pensaba que yo era un ser muy superior a él, un genio» (p. 54). Tenía «las cejas rectas y oscuras que casi se le juntaban», un «paladar estrecho y sus dientes flojos y apiñados», una «mancha parduzca que tenía en el lomo de llevar el braguero de cuero», una «señal amarilla que tenía justo encima de la raja de sus nalgas blancas y flacas donde llevaba la almohadilla de gamuza» y, como ya apuntamos, algo que se le quedó muy marcado, que es «su polla oscura y anormalmente larga, más larga que la mía o que cualquier otra que yo hubiera visto» (p. 54).

Cuando vuelve a su ciudad, antes de que estalle la guerra –en la que morirá posteriormente–, de adulto, un aspecto muy interesante es que nuestro protagonista le asocia a su padre, y es que estaba «fumando uno de los puros Gentleman’s de mi padre y llevaba puesto un sombrero de fieltro gris Eduardo VII, un abrigo grueso de color morado rojizo con cinturón, zapatos de charol y un monóculo». Considera «que tenía un aspecto de lo más ridículo y cierto aire de golfo». Sin embargo, otro aspecto curioso es que no prevé que «naturalmente, que unos años después yo mismo iba a ser visto en Londres con una voluminosa capa negra de carabinero echada sobre un hombro a la manera de Lord Byron, seguido por unos niños que me gritaban toda clase de groserías» (pp. 56-57).

4. Adentrándose en la sexualidad

De esta forma, su sexualidad queda constreñida desde el principio. Su comienzo en el terreno afectivosexual comienza de una forma no deseada, algo que le marcará posteriormente. Recuerda que, en el colegio, el jefe de su dormitorio, a quien más como «un hombre que un chico», se sentaba en su cama en la oscuridad y «me rogaba que le dejara meterse y me susurraba al oído cosas que me aterraban tanto que casi me hacían llorar». Aunque nunca permitió que hiciese lo que deseaba, «seguí odiando su recuerdo durante mucho tiempo y pensando en él como si hubiera sido el diablo. No recuerdo cuándo empecé a masturbarme, pero aquella fue mi primera introducción al amor» (p. 82).

Si la masculinidad es una aprobación homosocial, su emoción más destacada es el miedo. En el modelo de Freud, el miedo del poder del padre aterra al muchacho joven llevándolo a renunciar al deseo por su madre y a identificarse con él. Este modelo une la identidad de género con la orientación sexual: la identificación del niño pequeño con su padre (que lo lleva a ser masculino) le permite ahora

comprometerse en relaciones sexuales con mujeres (se vuelve heterosexual). Este es el origen de cómo podemos leer la orientación sexual de alguien a través del exitoso desempeño de la identidad de género. (Kimmel, 1997, p. 8)

Siguiendo a Kimmel (1997), no extraña que, desde el comienzo, la identidad del protagonista sea construida desde la invisibilidad y la extrañez, ya que «la definición hegemónica de la virilidad es un hombre en el poder, un hombre con poder, y un hombre de poder». Se asemeja la masculinidad «con ser fuerte, exitoso, capaz, confiable, y ostentando control». Las definiciones «de virilidad que hemos desarrollado en nuestra cultura perpetúan el poder que unos hombres tienen sobre otros, y que los hombres tienen sobre las mujeres» (p. 3).

Como consecuencia del no reflejo en esa masculinidad y sexualidad hegemónica, no tiene ningún tipo de educación sexual ni de referentes y, por ende, «todo lo que sabía del sexo a los dieciséis años lo había aprendido yo solo y estaba teñido de malicia y de sentido de culpa» (Ackerley, 1991, p.82). El sexo, lejos de percibirlo como una actividad placentera, más bien le «repelía que le atraía, pues me parecía una cosa furtiva, culpable y sucia», muy lejos «ese sentimiento que no había experimentado todavía pero sobre el cual estaba escribiendo ya un montón de versos sentimentaloides espantosos y que se conocía como amor romántico» (p. 83-84).

Nunca había relacionado a mi padre con el sexo, y, en realidad, hasta poco más de dos años antes ni siquiera lo había relacionado, en mi inocencia, con mi propia venida al mundo. Al privarme de mi cigüeña se me había dado a entender, sin que me parara mucho a reflexionar sobre ella, que muchos años atrás mis padres se habían unido para crear una familia: eso era todo. Para eso se casaba la gente y ellos lo habían conseguido. Por supuesto, una vez conseguido, no habían tenido otra cosa que hacer que criarnos y protegernos y trabajar en beneficio nuestro. (p. 84)

Es el fruto de la exposición a un exhibicionismo sexual de la sexualidad normativa masculina. Cuando escuchaba cómo su padre «reconocía sin recato alguno su inmoral conducta sexual y su amplia experiencia al respecto e incluso se jactaba de ello», le «resultaba desconcertante y desagradable. Parecía algo completamente irreal y decidí apartarlo de mi mente» (p. 85). Asistía, perplejo, a un intercambio de bromas entre hombre heterosexuales de índole sexual, los cuales consideraba «totalmente repugnantes, como también me lo parecían los términos que usaba mi padre habitualmente para describir el acto sexual: “meterla”, “joder”, “clavarla”; y la palabra con que se refería al órgano viril: “herramienta”». Sin embargo, por costumbre –y, percibimos aquí, por mostrarse en concordancia con el código normativo–, se acaba intentando mimetizar. Es más, se «reía con ganas igual que los demás –aunque tenía la sensación de que se notaba claramente que era un impostor, puesto que nunca tenía ninguna historietita que contar –y llegaba a incitar a su «padre, cuando estábamos solos, a que me contara “la última”» (p. 102).

Baste dedicar un espacio aquí a la teoría sobre el espacio de Lefebvre (2000) que explica Álvarez (2022) en su trabajo y que, esencialmente, viene a decir que un espacio carece de una esencia que lo identifica, sino que alberga las relaciones sociales, estas se inscriben en el mismo y, además, transforman y producen ese espacio, significándolo. Es decir, los sistemas de signos, códigos y relaciones frontales de poder (p. 6), como se puede observar en el texto, consiguen generar un espacio normativo de deseo sexual que, como todo marco, alberga unos elementos y desecha otros. Se diseña un escenario en el cual es necesario performar para no quedar relegado a los márgenes por el resto de actantes que participan en ese juego simbólico.

No extraña entonces la aseveración de Kimmel (1997), quien apunta que la validación de la masculinidad se encuentra depositada en los demás hombres: «Otros hombres: estamos bajo el cuidadoso y persistente escrutinio de otros hombres. Ellos nos miran, nos clasifican, nos conceden la aceptación en el reino de la virilidad. Se demuestra hombría para la aprobación de otros hombres» (p. 7).

5. Mi madre yo y la identidad de género

Como contraposición a la ausencia paterna, la encargada del cuidado de los hijos va a ser la madre. Recuerda que, tanto su hermano como él, eran «todo lo traviesos y desobedientes que pueden ser unos niños educados casi exclusivamente por unas mujeres cariñosas y amables que nos adoraban y carecían totalmente de sentido de la disciplina». Por ello, exime al padre del respeto o miedo que le tenían: «Nada tiene de extraño que, para unos niños pequeños, un padre así se convirtiera en un personaje que imponía respeto, y bajo ese aspecto se nos presentaba a veces» (Ackerley, 1991, p. 80).

Aparecen muy pocas alusiones a la figura materna, aunque hay una que es realmente interesante a la hora de perfilar su posterior desarrollo como adulto. Apunta que, aunque «fuera más hijo de mi madre que de mi padre no quiere decir que con ella sí pudiera o me sintiera más inclinado a hablar de mis cosas». Trataba incluso de evitarla más que a su padre, ya que «era demasiado parlanchina y tan distraída como yo. No recuerdo haber tenido una conversación íntima con ella en mi vida, ni tampoco con él» (p. 111).

Quizás fuera que en el carácter había salido más a mi madre que a él; como ella misma observó en cierta ocasión, «Ya sé que es algo que no está bien decir, pero, desde luego, la cultura viene del lado de mi familia», y tenía en común con ella varias idiosincrasias, fisiológicas o psicológicas: más adelante ampliaré la lista. (p. 110)

A este respecto, consideramos especialmente reseñables las explicaciones de Kimmel (1997) cuando trata sobre cómo la masculinidad de construye en esa pulsión de rechazo a la figura materna. Apunta que el «impulso de repudiar a la madre como indicador de la adquisición de identidad de género masculina tiene

tres consecuencias para el muchacho». Por un lado, «empuja lejos a su madre real, y con ella a los rasgos de acogida, compasión y ternura que pudiera haber encarnado». En segundo lugar, «suprime esos rasgos en sí mismo, porque revelarán su incompleta separación de la madre. Su vida deviene un proyecto permanente: demostrar que no posee ninguno de los rasgos de su madre» –algo que se observa perfectamente en esa obsesión del protagonista por no ser femenino–. Por último, «con el propósito de demostrar el cumplimiento de estas primeras dos tareas, el muchacho también aprende a devaluar a todas las mujeres en su sociedad, como encarnaciones vivientes de aquellos rasgos de sí mismo que ha aprendido a despreciar» (p. 6).

Asimismo, es interesante observar cómo tampoco va a lograr nunca establecer una relación de confianza y afecto seguro con su madre ni, curiosamente, con la otra figura femenina que tenía a su lado, su hermana. No recuerda «haber tenido una conversación seria e íntima» con su madre nunca y, pese a ello, cuando la piensa, percibe que ha asumido «gran parte de su psicología» (Ackerley, 1991, p. 179).

En el resto de la novela, únicamente la recuerda como cuidadora de su padre a la hora de dejar el alcohol –«¡Pobre madre mía! A su manera nerviosa e ineficaz, trató de convencer a mi padre de que debía moderarse; por fin tuvo que renunciar al oporto, pero todos los intentos de hacer que dejara poco a poco el clarete fueron en vano» (p. 100)–, nada celosa –pese a la vida sexual de su marido (pp. 173-174) y con la que compartía una neurosis: el mal aliento (p. 125).

Frente a los referentes femeninos de su familia, construye su identidad por oposición, entendiendo así que un hombre se construye en contraposición a una mujer: «no era nada femenino, ni de físico ni de carácter [...] no hablaba de manera afectada, tiraba las pelotas de arriba abajo y sabía silbar» (p. 114-115). Un elemento que no se debe pasar por alto es la forma en que subraya claramente la asociación que realiza entre la masculinidad y la homosexualidad, aspectos que considera contrarios, ya que explica, después de apuntar que no era afeminado, que «conforme iba creciendo no había rasgos en mí que pudieran hacer sospechar a mi padre qué clase de hijo había engendrado» (pp. 114-115).

Por desgracia, también en mi vida privada parecía tener un defecto en el habla: el amor y el sexo, que yo pensaba que debían ir juntos, no llegaban a encontrarse, y en Cambridge no me fue mejor que en los otros sitios. [...] Realmente los hombres afeminados me repelían casi tanto como las propias mujeres. (p. 121)

Como resumen Trujillo y Fajardo (2006), «la identidad masculina, entonces, se adquiere en el proceso de diferenciación con la madre y el mundo femenino». Los hombres «aprenden lo que no deben ser para ser masculinos antes que lo que pueden ser». En definitiva, una gran cantidad de niños «definen de manera muy simple la masculinidad: lo que no es femenino. Todo esto en un contexto social que subvalúa lo considerado femenino, y en el cual el poder y la autoridad son considerados masculinos» (p. 107).

6. Desarrollando la identidad sexual y construyendo lo afectivo

De esta forma, su identidad sexual y su relación con la dimensión afectiva se va configurando en relación con la frustración. Si ya apuntamos que la culpa le acompaña desde el principio, baste ampliar explicando que su mayor deseo va a ser el de encontrar al amor de su vida: «Lo único que deseaba ya (pequeño y triste deseo) era que alguien me quisiera» (Ackerley, 1991, p. 143). Asimismo, establece una disociación clara entre el amor y el sexo: «Seguía con las mismas ideas de entonces de la pureza, la inocencia, y la inocencia es intocable (“Piedras de molino”). El sexo seguía siendo algo deseable pero culpable» (p. 119).

El argumento de *Judcote* (obra que no llegué a terminar) no hace falta que lo cuente, se puede adivinar fácilmente: un joven intelectual homosexual de la alta burguesía (yo, por supuesto), solitarios, frustrado y harto de su familia, sobre todo de las mujeres, de su madre, irresponsable y parlanchina, de su hermana, pendenciera y despilfarradora, y en general del vacío y futilidad de su vida muelle y regalada, se enamora de un obrero joven y guapo. Este obrero y su compañero van a la casa a reparar las puerta-ventanas del cuarto de estar de Jude, a las que se les ha roto la cerradura y están siempre abriéndose de pronto, cerrándose de golpe de manera irritante, volviéndose a abrir de nuevo (todo muy simbólico, como ven: la invitación a la huida), y el joven Jude ve con envidia cómo los dos jóvenes. Se gastan bromas afectuosas mientras trabajan. (p. 183)

Va a sufrir un eterno camino a encontrar un amor, pero nunca va a ser capaz de conseguirlo, ya que «como parecía que era incapaz de llegar al sexo a través del amor, inicié una larga búsqueda del amor a través del sexo» (pp. 125-126). Las veces en que encontraba un hombre que correspondía a su amor, lo rechazaba, y, por ello, su amigo opinaba que «ser correspondido te asusta o te hace perder el interés. Aquí termina mi sermón, porque no sé qué podría hacer para cambiar» (p. 134).

Su obsesión será siempre encontrar el «Amigo Ideal», que debía reunir una serie de características que eran tan complicadas de reunirse que «equivalía casi a negarme a propósito toda posibilidad de éxito» –«La huida homofóbica de la intimidad con otros hombres es el repudio al homosexual que está dentro de sí, tarea que nunca es totalmente exitosa y que por esto es constantemente revalidada en cada relación homosocial» (Kimmel, 1997, p.9)–. No podía «ser afeminado», aceptando que si era masculino era «normal», tenía que ser «atractivo físicamente y ser más joven que yo: cuanto más joven mejor, porque más inocente podría ser; por último, debía ser más bien bajo, sensual, circunciso, sano físicamente y limpio: ni fimosis ni halitosis ni bro-midrosis» y, además, de clase obrera:

[...] cabe pensar también que la razón de que buscara a esa persona no dentro de mi propia clase social sino entre la clase trabajadora, pero siempre es pos de esa inocencia que en mi propia clase me

había sido imposible tocar, era que el sentido de culpa que tenía con respecto al sexo me obligaba a desahogarlo en los que eran inferiores a mí socialmente. Esto no me lo he planteado hasta hace poco y puede que sea cierto, no tengo del todo claro" (Ackerley, 1991, p. 128)

Todo ello es entendible si comprendemos esa posición del protagonista en los espacios marginales del género. Como explica Connell (1995), la masculinidad hegemónica es capaz de prevalecer en cuanto a su relación dialógica con las formas de masculinidad a las que doblega. Estas son el depósito de lo es simbólicamente expulsado de la masculinidad hegemónica. Es decir, todo aquello asociado a la femineidad (p. 78).

Y, dentro del terreno sexual, tampoco va a ser capaz de entregarse por completo a la experiencia: «En definitiva, parece que siempre había algo de lo que preocuparse, como lo ha habido a lo largo de toda mi vida sexual, y una vez que un amigo me preguntó si alguna vez me "abandonaba totalmente" en el acto sexual, la respuesta tuvo que ser negativa» (Ackerley, 1991, p. 131). Pese a ello, no es capaz de identificar la causa de este bloqueo porque considera que «por mucho sentido de culpa desde el punto de vista sexual que pudiera tener en mi subconsciente, mi intelecto no lo registraba en absoluto» (p. 148). Ni siquiera era capaz de expresar sus deseos porque «siempre me había resultado difícil imponer mis deseos (una prueba más de mi sentido de culpa, sin duda)» (p. 220).

Pero rara vez me iban bien las cosas o me sentía relajado. Aunque fui abandonando poco a poco mis prejuicios, mi ansiedad seguía; la experiencia, de la que, según se dice, aprendemos, no tiene efecto alguno sobre nuestra naturaleza íntima. Empezó a afligirme una nueva forma de ansiedad, una exasperante impotencia. (p. 219)

Su masculinidad, percibida como no normativa, también provoca su alto sentido de la autoexigencia en el terreno intelectual, como un procedimiento compensatorio. Tiene su razón de ser si comprendemos que era uno de los únicos ámbitos en que se sentía legitimado por su padre –y por su hermano–, en tanto que tenía «una opinión muy alta de mi capacidad intelectual y era para él motivo de gran orgullo» (p. 105). Como resultado, lejos de ser un motivo de enorgullecimiento, cuando no podía escribir, «El hecho mismo de que tuviera una fe ilimitada en mí contribuyó, a medida que pasaba el tiempo, a que aumentara mi ansiedad» (pp. 106-107).

De modo que, aunque ahora me doy cuenta de que mi padre no me criticaba por ser un «haragán», tenía fe en mí y no le importaba en absoluto lo que hiciera con tal de que fuera feliz, mi ansiedad y mi tensión nerviosa, meras invenciones de mi mente frustrada, y la forma solapada en que a veces actuaba para preservar lo que consideraba mi libertad y dignidad personales, turbaron y dañaron mi relación con él. Totalmente absorto en mis propios problemas, no pensaba para nada en él, salvo tal vez en que con su delicadeza no hacía sino ponerlos más de relieve; sin embargo, él también, como sé ahora, tenía sus problemas y tal vez le hubiera alegrado poder compartirlos con un hijo más atento. (p. 110)

Finalmente, lo más fascinante es que el padre también había mantenido relaciones homosexuales y, por supuesto, sin culpa: «¡Qué ironía poder demostrar que en su juventud había llevado el mismo tipo de vida que yo estaba llevando!» (p. 204). Lo curioso es que, de una forma velada, ya se lo había contado, diciéndole directamente que «en materia de sexo no había cosa que no hubiera hecho, experiencia que no hubiera tenido ni lío en el que no se hubiera metido y del que no hubiera salido» y que «si alguna vez teníamos necesidad de ayuda o consejo no nos debía dar ninguna vergüenza acudir a él y podíamos siempre contar con su comprensión y solidaridad». Otro aspecto interesante es que es consciente de que, si hubiera escuchado de verdad lo que le decía su padre, hubiera tenido una vida sexoafectiva plena:

De que sus palabras fueron magníficas y amistosas no me di cuenta hasta que fui mayor; el hecho de que nunca las tuviera en cuenta es precisamente la razón de este libro; incluso en aquel momento mi hermano pensó que el «viejo» (mi padre tenía entonces cuarenta y ocho años) se había portado «muy bien»; pero a mí, por el contrario, aquello me turbó y escandalizó. (p. 84)

Al no hacerlo, por siempre faltó un aspecto esencial en cualquier tipo de identidad: la legitimación. Una verificación que no es capaz de darse a sí mismo por la forma en que leyó la masculinidad de sus principales referentes y, por lo tanto, la búsqueda de ese padre refrendador le va a acompañar toda la vida: «Cuando empecé estas memorias, en los años treinta, tendía a culparme a mí mismo por no haber logrado comunicarme con mi padre, y en realidad, aún no me considero libre de culpa» (p. 180).

Asimismo, otro aspecto que le martiriza es el no haber encontrado el momento de sincerarse con su padre acerca de quién realmente es, pese a sus múltiples intentos. Asevera que se considera «en general un hombre abierto y sincero, no reservado como mi padre resultó ser» y que, si hubiera visto algún interés por parte de su padre sobre su vida privada, «estoy convencido de que se lo habría contado todo, siempre que me lo hubiera preguntado de una manera inteligente. Pero nunca lo hizo, aunque hubo unas cuantas oportunidades» (p. 149).

No lo habría hecho si tú no hubieras dicho una vez algo acerca de mí y mis amigos camareros. Pero no me importa decírtelo. Fui a ver a un marinero amigo mío... Pero me interrumpió diciendo: «Está bien, muchacho. Prefiero no saberlo. Lo importante es que lo hayas pasado bien.» Así que me dio con la puerta en las narices. En aquel momento, tal vez por una necesidad culpable de confesarme, se lo hubiera contado todo, para bien o para mal. (p. 151)

7. Conclusiones

Como apuntamos al inicio, si *Mi padre y yo* es interesante por ser por una de las obras pioneras en el género de la autobiografía, lo es aún más como patriografía –y como egodocumento–. Muestra a la perfección cómo la construcción de la identidad de un sujeto está completamente determinada por la lectura que este hace de las personas que toman el lugar de referentes y, además, condicionada por las coordenadas históricas, culturales, sociales y económicas del lugar y el momento en que nace y se desarrolla.

De esta manera, la familia es uno de los principales forjadores de hombres y mujeres dando a cada uno de los integrantes de la misma un papel que deberán desarrollar, introyectar y posteriormente transmitir dentro de su propia familia. Esta identidad desarrollada a partir de los demás conforma y es parte del autoconcepto del sujeto. Una identidad bien desarrollada y acorde a las normas sociales promueve un bienestar psicológico favorable; sin embargo, una identidad “diferente” a la que uno fue socializado trae como consecuencia culpa, desorientación, tristeza y depresión. (Trujillo y Fajardo, 2006, p. 96)

Nuestro biógrafo, al realizar su propia lectura de la identidad de género y sexual del padre –y, en un segundo plano, aunque no menos importante, del hermano–, determina que las suyas no cumplen con los suficientes requisitos como para ser normativas. De esta forma, desarrolla una personalidad compleja con la que le va a costar vincularse al mundo de una forma feliz y exitosa para él mismo.

Lo más relevante es que nos encontramos con varios niveles de lectura. Como Barthes (1980) asevera, «leer es un trabajo del lenguaje. Leer es encontrar sentidos, y encontrar sentidos es designarlos, pero esos sentidos designados son llevados hacia otros nombres; los nombres se llaman, se reúnen y su agrupación exige ser designada de nuevo» (p. 7).

En un primer nivel, el narrador le otorga un sentido a la masculinidad que lee en su referente y, de esta forma, deslegitima su propia forma de ser hombre. Expresa Bonino (2002) que la masculinidad hegemónica es «un operador marcado por la dicotomía y la desigualdad, por lo que la oposición e inferiorización de los otr@s no masculinos se transforman en elementos fundamentales en su construcción». Para que exista una normatividad, debe haber una marginalidad, por lo que «genera la creación de otr@s subordinad@s y opuest@s, de los cuales necesita para reafirmarse» (p. 10).

En segundo lugar, esta forma de lectura de la identidad de género afecta de forma directa a cómo lee el modo en que debe ser su identidad sexual. Un hombre debe ser masculino y heterosexual para legitimarse y, de esta forma, poder disfrutar del amor y la sexualidad. Una lectura que, por ende, tiene que ver con la lectura que realiza paralelamente sobre lo que es ser una mujer y la feminidad desde las figuras que tiene como texto: su madre y su hermana. Es decir, un hombre es válido como hombre en tanto que no es mujer, asume la masculinidad hegemónica y la sexualidad normativa. La no asunción de estos textos le conduce directamente a esa marginalidad a la que se refiere Bonino (2002).

Y esta aseveración nos lleva al último nivel de lectura, que, a su vez, se enraíza con las dos anteriores, y esta es la forma en que lee al hombre como objeto de deseo y objeto de amor romántico. Nunca será capaz de vincularse emocionalmente en profundidad con ninguno ni de gozar plenamente la experiencia sexual porque ninguno cumplirá con la condición básica que subyace debajo de todo el texto: ser hombre, normativamente masculino y heterosexual.

Este trabajo ha sido financiado con cargo al Proyecto de Investigación “Lectura, comprensión lectora y sociedad” con referencia “PP-2023-19” concedido en la convocatoria de Proyectos Propios de Investigación 2023 de la Universidad Internacional de La Rioja. Se enmarca dentro del Grupo de Investigación LECTUNIR.

8. Referencias citadas

- Ackerley, J. R. (1991). *Mi padre y yo*. Anagrama. Trad. Rafael Ruiz de la Cuesta.
- Alario Gavilán, M. (2019). La reproducción de la violencia sexual: un análisis de la masculinidad hegemónica y la pornografía. En M. Blanco Ruiz y C. Sainz de Baranda Andujar (Coords.), *Investigación joven con perspectiva de género IV* (pp. 55-66). Universidad Carlos III de Madrid.
- Álvarez E. (2022). Espacialidad, género y nación. La anti/elegía gay y la función social del discurso funerario en la poesía de guerra de Emilio Prados. *Estudios LGBTQ+, Comunicación y Cultura*, 2(1), 5-15. <https://doi.org/10.5209/eslg.78968>
- Barthes, R. (1980). *S/Z*. Siglo XXI.
- Bonino, L. (2002). Masculinidad hegemónica e identidad masculina. *Dossiers feministes*, 6(1), 7-35. <http://dx.doi.org/10.6035/DossiersF>
- Carrillo Trujillo, C.D. y Revilla Fajardo, J. A. (2006). Masculinidad entre padres (madre y padre) e hijos. *La ventana. Revista de estudios de género*, 3(23), 96-126. http://www.scielo.org.mx/scielo.php?script=sci_art-text&pid=S1405-94362006000100096&lng=es&tlng=es
- Connell, R. (2003). *Masculinidades*. Polity Press.
- Connell, R. (1995). *Masculinities*. Polity Press.
- Fontana, P. (2023). La continuidad de un vínculo. Hijos y padres en la literatura argentina contemporánea. *Orbis Tertius*, 28(37), e266, 1-10. <https://doi.org/10.24215/18517811e266>
- Gallegos Argüello, M.D.C. (2012). La identidad de género: masculino versus femenino. En *Libro de Actas del I Congreso Internacional de Comunicación y Género* (pp. 705-718). Universidad de Sevilla.
- Lacan, J. (1963). *Seminario 10 bis: Los nombres del padre*. Versión Psikolibro Inédito.
- Lefebvre, H. (2000 [1974]). *The Production of Space*. Trans. Donald Nicholson-Smith. Blackwell.

- Mérida Jiménez R. M. (2022). Presentación: Memorias, espacios y masculinidades disidentes. *Estudios LGBTQ+, Comunicación y Cultura*, 2(1), 3-4. <https://doi.org/10.5209/eslg.82260>
- Kimmel, M. S. (1997). Homofobia, temor, vergüenza y silencio en la identidad masculina. *Masculinidad/es. Poder y crisis*, 24, 49-63.
- Ramírez Rodríguez, J.C. (2020). Algunos elementos para el debate sobre la intersección entre masculinidad y emociones. En J.C. Ramírez Rodríguez (Coord.), *Hombres, masculinidades y emociones* (pp. 15-46). Editorial Página Seis.
- Rodríguez Gallardo, S. (2020). *La construcción de la(s) subjetividad(es) en la autonovela familiar contemporánea: escritura, memoria y cuerpo en la literatura en español* [Tesis doctoral]. Universidad Carlos III de Madrid.